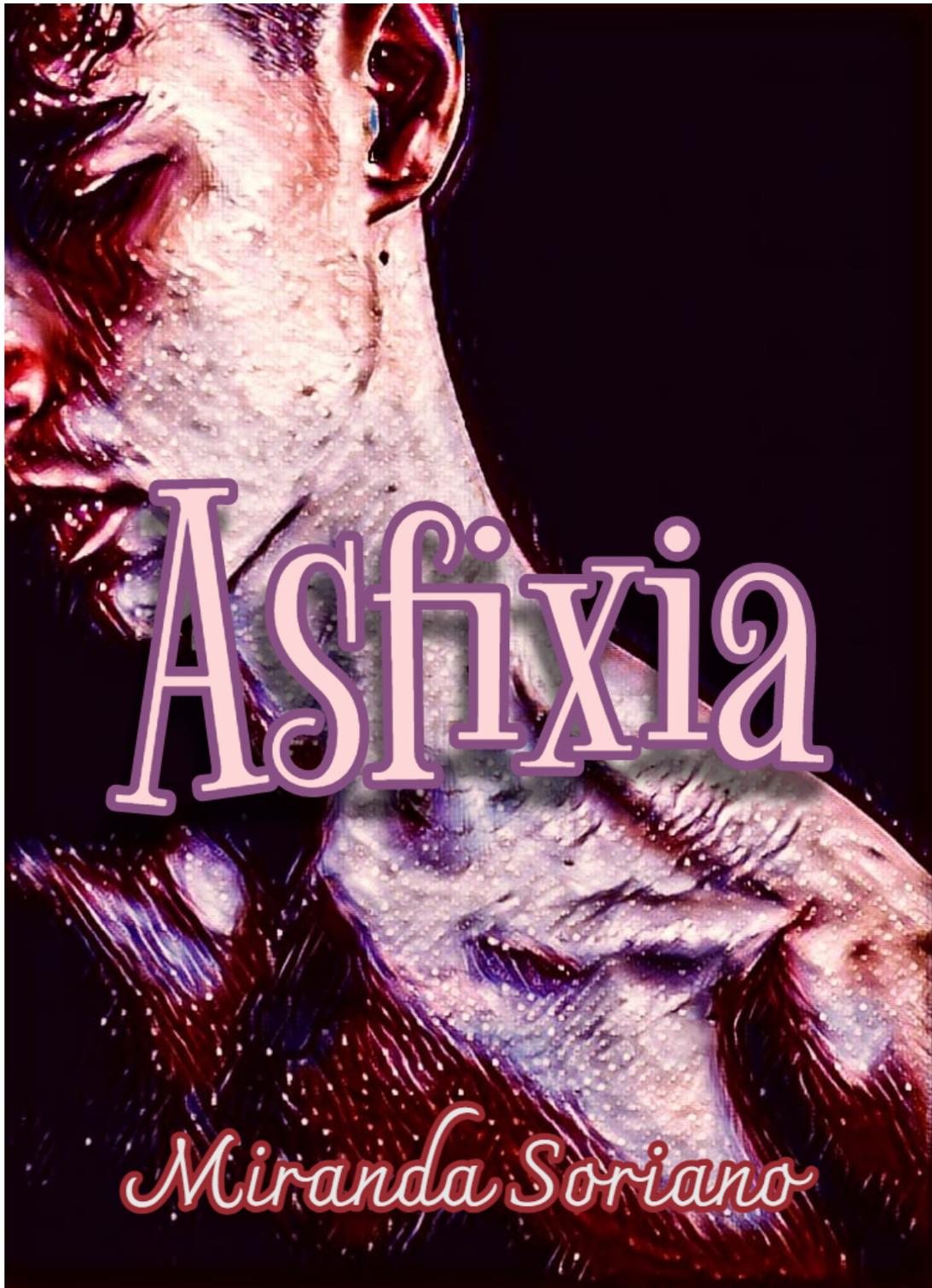


Asfixia

Miranda Soriano



Capítulo 1

Jackie Martin, mejor conocido como Hollow, el hijo de puta más despiadado de todo Angelake, un cretino de proporciones bíblicas, el abusador con la peor reputación en todos los pueblitos colindantes y, me atrevo a decir, de todo Michigan.

Un tipo ruin y cruel, incluso con esos que se creían sus amigos: la pandilla de Las Hienas. Nombre adecuado por la manera en que se aprovechaban de los caídos y rechazados. Naturalmente, Hollow era el líder, y el resto le admiraba y obedecía cual perritos falderos con la cola entre las patas.

Uno nunca estaba seguro cuando te cruzabas en su camino, aunque, si mantenías la cabeza baja y evitabas meterte en sus asuntos, tenías alguna chance de salvarte el pellejo.

Claro que había algunos que no tenían tanta suerte.

Por entonces, corría la década de los sesenta, y fue mi turno de ser el chico raro del pueblo desde que algunos niños de la secundaria corrieron la noticia de que yo era homosexual, y el chisme fue de boca en boca hasta que todos y cada uno de los habitantes de Angelake lo supieron.

Aunque, antes de que mi vida privada fuese de interés nacional, mis padres eran los únicos enterados, y creo que la única persona que llegó a tolerarlo con mejor cara fue mi madre. Mi padre, por otro lado, me trataba como a un desconocido con quien tenía la obligación de vivir; quería mantenerme tan alejado de sí como le fuera posible, tanto física como emocionalmente.

Era incómodo y me dolía, y lo que con más pesar tuve que aprender a aceptar fue que no podía hacerlo cambiar de opinión a pesar de llevar su sangre en mis venas.

Con lo que respectaba al resto de los pueblerinos, incluidos numerosos profesores, pretenciosas amas de casa, trabajadores comunes y claro, chavales de mi edad, siempre solían mirarme raro. Algunos se apartaban de mí como si una enfermedad contagiosa los fuese a infectar si se rozaban conmigo o mis cosas; otros solamente me ignoraban, como si girar los ojos cuando me acercaba fuese a borrar mi existencia.

A decir verdad, el chisme se consumió tan rápido como explotó, pero yo continuaba viendo en las miradas de todos cómo me tachaban de raro, loco o, llanamente, como a un pervertido que necesitaba de urgente ayuda psiquiátrica. Todas cosas erróneas, claro, pero no había forma de

convencer a nadie de lo contrario.

Nunca supe cómo fue que aquellos chicos de los cuales jamás pude aprender sus nombres descubrieron eso que tanto quería quedara en el anonimato, pero debía darme cuenta entonces de que, en un pueblo tan pequeño, los secretos nunca duran mucho siéndolos.

Alguien se da cuenta de tus asuntos tarde o temprano y luego, las chispas de todo el lugar vuelven a arder contigo como combustible primario. En especial si te consideran un crimen de la naturaleza.

Oh, cruel normalidad, ¿cómo piensas torturarme ahora?

Si todo el mundo ya había descubierto uno de mis más grandes secretos, lo único que quería era que nadie se diese cuenta de lo enamorado que estaba de un idiota que jamás me devolvería el favor.

El encontronazo que marcó mi adolescencia ocurrió cuando tenía quince años.

Yo era un chico delgado de abundante cabellera rizada y, en aquellos tiempos, el cabello largo era equivalente a dos cosas, según los conocimientos de adultos que no lograron graduarse de la primaria: 1) eras marica o 2) eras un malviviente metido en las drogas. Cualquier cosa te garantizaba acosos y burlas.

También usaba gafas gruesas y, por fortuna o desgracia, era bastante bueno en la escuela. Tenía uno de los mejores promedios de toda la secundaria, cosa que me garantizaba una ración doble de burlas y algunas palizas o amenazas como acompañamiento por negarme a hacer las tareas de los más brutos.

Ése era yo: Enzo Akka, el marica de Angelake. Grandioso título, ¿a que sí? Llegaba a sonar melodioso cuando los coritos de niños valientes me lo gritaban al pasar por el quiosco principal de la plaza. Había aprendido a ignorarlos, pero, de vez en cuando, les hacía señas obscenas luciendo una sonrisa despreocupada.

—¡Anda, el marica de hecho tiene bolas! —chillaban, riéndose.

Hasta cierto punto, me parecía cómico. Si iba a vivir con eso constantemente, por lo menos quería sacarles provecho a las cosas: ver el lado amable y reírme si podía.

Pero un día no pude verle la gracia.

Capítulo 2

Había salido más tarde de la escuela aquel viernes gracias a un examen sorpresa del que no nos podíamos librar hasta que el último alumno dejara su prueba sobre el escritorio del profesor, y muchos de mis compañeros eran tan idiotas que era de admirarse.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando me adentré en la plaza, desierta a esa hora porque usualmente las familias se reunían a cenar en casa. Estaba tranquilo y feliz por el comienzo del fin de semana, pero mis planes para el mismo se congelaron en mi mente cuando vi, desplomados en una banca bañada por el sol y rodeada de arbustitos, a varias figuras familiares.

Cuando escuché sus risas exageradas y vi la manera en que se empujaban y provocaban entre sí, no pude estar más seguro: eran Las Hienas.

Si me veían, no tenía oportunidad de salir ileso. Me detuve y comencé a retroceder, pero mis ojos pronto se desviaron hasta el centro del grupo, hacia el lugar que sólo podía ocupar el líder.

Mi respiración se cortó y sentí cómo mi corazón comenzaba a palpar furioso al compás de mis emociones, que se habían desbocado al ver a Hollow. Volví a congelarme en medio de la plaza desierta, en la que, por puro milagro, ninguno se había percatado de mi presencia.

Mis piernas querían moverse, pero yo mismo me obligaba a seguir quieto, mirándolo.

Llevaba su chaqueta de mezclilla deslavada que parecía nunca quitarse. Tenía el cabello marrón claro alborotado, con mechones que parecían rubios, y un cigarrillo humeante se balanceaba entre sus labios; estaba recargado en la banca de tal forma que su cabeza colgaba fuera del respaldo y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Era dos años mayor que yo, por lo que también era más alto, y el escabullirse de las tiendas tras haberse robado una caja de cervezas además de reventarle la nariz a puñetazos a más de un incauto cada dos días, hacían que tuviera un cuerpo bastante envidiable.

Ignoraba de lleno al chico que estaba a su lado, que parecía contar una historia interesantísima para el resto de Hienas; Hollow, sin embargo, parecía más preocupado por contar las nubes que pasaban por sobre su cabeza, con los ojos entrecerrados.

Parpadeé atontado, sintiendo el posible peligro cual cuchillo contra mi garganta, pero no pude retroceder. No quería retroceder. No si él me daba la oportunidad de mirarlo sin que se diera cuenta.

Hollow apenas asistía a la escuela, un año arriba de mí pues había reprobado las veces suficientes como para que fuera obvio que la educación no le importaba, así que allí jamás podía verlo.

Cuando salía al lago en mi bicicleta, estaba demasiado ocupado mirando sobre mi hombro para que alguien aburrido no me echase de cabeza al agua, así que entonces tampoco tenía muchas oportunidades de fantasear con que él dejase de ser un idiota para admitir que me amaba.

En ese momento, entonces, no pude hacer otra cosa que sucumbir a mi propio placer, fuese vano y efímero.

Las mejillas ya habían comenzado a arderme mientras mis pensamientos se concentraban en la idea certera de que tenía que irme, pero me decía a mí mismo que lo haría apenas transcurrieran un par de segundos y, al transcurrirlos, otro par de segundos tampoco harían daño.

De pronto, el chico que contaba la historia, un tarado de nombre Cory, con más dientes torcidos y mugre bajo las uñas que masa muscular, le dio una palmadita en el hombro a Hollow, quien se volvió a mirarlo de forma perezosa. Incluso desde la larga distancia a la que me encontraba, pude ver cómo el sol le arrancó destellos fugaces a sus ojos color miel.

Mi corazón se detuvo un instante, como hechizado.

Hollow escuchó atentamente lo que Cory contaba y, de un momento a otro, su apatía se transformó en rabia.

Apreté los puños en torno a los tirantes de mi mochila y meforcé a tragar saliva; por fin, mi corazón me permitió moverme, diciéndome que era momento de largarme tan rápido como pudiera.

Me di la media vuelta y eché a andar al tiempo que escuché a alguien gritar por sobre el resto:

—¡Miren! ¡Allí está!

—Hablando de la princesa de Roma —gruñó otra voz.

La sangre se me escapó del rostro.

Estaba completamente jodido.

Capítulo 3

Eché a correr, pero el pánico ya me había cortado la respiración tras haber escuchado cómo Las Hienas saltaban de sus lugares para echar a correr tras de mí, soltando insultos y ofertas para que me acercara en lugar de escapar como la nenita que era.

Sus pasos se acercaron a una velocidad aterradora; antes de que me diera cuenta alguien había alcanzado a pescar mi mochila.

Mi carrera se detuvo al instante y mis piernas volaron por el aire mientras mi torso se quedó inerte en el mismo sitio. Solté un grito de advertencia que les hizo estallar en carcajadas. Quien me sostenía por la mochila me soltó y me dio un empujón al instante, arrebatándomela de los hombros para arrojarla a lo lejos. Acabé cayendo a sus pies mientras el resto se colocaba en círculo a mi alrededor.

Ahí estaba la razón de su apodo.

Me matarían y se devorarían mi carne hasta roer los huesos.

Hice un intento por ponerme de pie, pero uno de ellos, de apodo *Dogtooth*, volvió a empujarme contra el suelo. Ahí sentado, presa de violentos escalofríos que hacían temblar mi cuerpo entero, miré sus caras frenéticamente; sólo eran cinco, pero su maldad se me antojaba equivalente a la de cien demonios salidos del infierno.

—Háganse a un lado —ordenó la sexta y última Hiena, que no había tenido la necesidad de echar a correr tras de mí.

Dos de los chicos, cuya apariencia los traumas me han obligado a olvidar, se apartaron, permitiéndome ver cómo Hollow se acercaba a paso calmado.

La forma en la que me miró me hizo retroceder en silencio e hizo estallar en mi estómago una mezcla de sensaciones repugnantes.

Todos guardaron tal silencio que por un momento olvidé que allá, cruzando algunas calles, las personas andaban con sus propias y complicadas vidas. La idea de que existiera algo además de los helados ojos de Hollow Martin se me hacía absurda, inconcebible, casi estúpida. ¿Algo además de su media sonrisa, además de su mirada amenazante, además de la forma en que te hacía tener un ataque de nervios? ¿Existía algo además de él?

Dio una última calada a su cigarrillo y me arrojó la colilla ardiendo al pecho, que me quemó la camiseta y los dedos cuando me la sacudí de

encima compulsivamente.

Exhaló el humo con un suspiro.

—Dime algo, Akka —gruñó. Sentí una punzada en el corazón al escucharlo decir mi apellido. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si pretendiera examinarme—. ¿Es cierto lo que dicen?

Mascullé un débil “¿Ah?”

—¡Claro que sí! —interrumpió Cody; no lo podía ver pues se encontraba detrás de mí, pero por su tono de voz seguro estaba sonriendo históricamente—. Es cierto, Hollow, todo el mundo...

—Cierra la boca —ladró, sin apartarme la mirada de encima.

Hollow se dobló por el estómago para verme más de cerca y mi corazón dio un vuelco; un pensamiento estúpido me cruzó la cabeza y le rogué a los cielos no estar sudado o despeinado, pues no quería verme como un sucio cerdo al tener a Hollow tan cerca.

—¿Es cierto que el marica más grande de todo Angelake está enamorado...? —continuó, pero su voz se cortó, como si una arcada le subiera por la garganta—. ¿... de mí?

Abrí los ojos como platos y la sangre volvió a aglomerarse en mis mejillas. Negué con la cabeza tan rápidamente que mis gafas se deslizaron hasta la punta de mi nariz. Cuando hablé, mi voz tembló.

—No... Es... Es mentira.

—Claro que no, Hollow —retomó Cody—. Mira su cara, está ruborizado a más no poder, ¿y no has visto cómo se te queda mirando? Parece una colegiala enamorada, ¡es asqueroso!

—No lo voy a repetir, Cody —dijo Hollow, lanzándole una mirada asesina—; cierra la boca o lo haré yo.

Cody sabía bien que a Hollow no solo le gustaba amenazar; él cumplía. Creí escuchar cómo tragaba saliva con fuerza y balanceaba su peso de una pierna a la otra para evitar el impulso de retroceder.

Hollow volvió a mirarme.

—¿Y bien?

Intenté ver más allá de sus ojos, pero no podía descifrar su mirada. Parecía inmutable y a la vez colérico porque él mismo intentaba

comprenderme a mí, y eso le provocaba tanto asco que degeneraba en dolor físico que se forzaba en ocultar.

Supe de inmediato que no había manera de libarme de él.

—No es verdad —logré decir.

—Entonces mis amigos son unos mentirosos, ¿no?

Abrí y cerré la boca. Cualquier cosa que me atreviera a decir la transformaría para escuchar lo que quería: mi culpabilidad por un crimen que nunca hirió a nadie.

Era cierto. Sí, me gustaba. Estaba locamente enamorado de Hollow Martin y nunca supe qué hacer al respecto; nunca creí que se iba a dar cuenta.

Tuve un fugaz impulso de hacerme el valiente y admitirlo a los cuatro vientos, preguntarle a gritos qué iba a hacer al respecto..., pero su mirada me desarmaba; me aterraba y me hechizaba.

Mi garganta se secó intentando hallar las palabras adecuadas. No tenía razón para amarlo tanto y, aun así, estaba esperanzado a que algún día, en algún momento o quizás en una nueva vida o en un mundo lejano, mis sentimientos fuesen correspondidos por ese que me miraba con tanta repulsión.

Capítulo 4

—Hollow...

—Sea o no verdad, voy a dejarte en claro las cosas.

Se aproximó para tomarme por el cuello de la camiseta y me puso de pie con un violento movimiento; el pánico se apoderó por completo de mí. Lágrimas me inundaron la visión y pronto me empaparon las mejillas, y ver cómo la repulsión de Hollow aumentaba no hizo más que desgarrarme el corazón.

Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que me había soltado cuando recibí un puñetazo limpio en la mejilla derecha. Mi quijada crujió, me tambaleé hacia la izquierda y recibí otro golpe que hizo volar mis anteojos con tanta fuerza que el cristal estalló al chocar contra el suelo.

A partir de entonces y hasta el final de la paliza no supe dónde se metieron Las Hienas. Hollow y yo estábamos solos.

Negué con la cabeza estúpidamente, retrocedí tropezando con mis propios pies y alcé las manos delante de mí al tiempo que varios hilillos de sangre me bajaban por ambas comisuras del labio inferior; Hollow se acercó velozmente y pateó mi estómago, caí contra el asfalto nuevamente y mi cráneo rebotó contra el piso. La visión se me nubló por eternos segundos, rodé sobre mí mismo y Hollow no perdió tiempo para clavarme furiosos puntapiés en las costillas y la espalda.

—Puto fenómeno —ladró, precipitándose sobre mí—. Ni pienses en volver a acercárteme.

Manoteé, buscando quitármelo de encima.

Él logró tomarme por el flequillo y lo retorció para arrancarme un grito que él mismo silenció estrellando mi nuca contra el suelo. En el instante en que lograba recuperar la visión, volví a perderla tras recibir otro puñetazo en la nariz, que crujió bajo sus nudillos y estalló en gotas de sangre que nos bañaron a ambos.

Solté un sollozo, pateando y golpeando el aire, con los párpados apretados y el cuerpo entero temblando, sin poder hacer nada para quitármelo de encima.

No sólo me dolían los golpes, los probables huesos rotos, ni el inminente regaño que recibiría si llegaba a casa con mis costosas gafas hechas añicos. Me dolía el darme cuenta que, tras la paliza, mis sentimientos no iban a cambiar. Iba a seguir queriendo a Hollow tanto como antes; el

amor que obligaría a perdonarlo y aceptar sus salvajadas como simples fallas que cualquiera cometería si se viera sometido a las circunstancias adecuadas; ese inocente y estúpido amor me obligaría a seguir soñando en una realidad donde lo nuestro fuera posible. Me obligaría incluso a culparme a mí mismo por ser tan poco discreto antes que culparlo a él por apalearme.

Sabía lo malvado que era y no me importaba, ni tampoco entendía por qué lo quería tan apasionadamente. No se lo merecía.

Se detuvo abruptamente, cuando mis mejillas estaban hinchadas por los incesantes golpes y tenía la nariz punzante torcida en un ángulo extraño y la boca llena del sabor cobrizo de la sangre. Me tomó por la camiseta. Sentía su aliento entrecortado en el rostro, sus puños temblando de rabia.

Me esforcé en enfocar la mirada nuevamente sobre sus gélidos ojos y volví a sentir que el corazón se me estremecía cuando me acercó hasta sí tras haber comprobado que no había perdido del todo la conciencia. Tenerlo tan cerca volvió a darme esperanzas, porque no podía ser del todo malo, Dios, no.

Habría sonreído de haber podido, pero me limité a intentar retener en mi mente ese momento más que cualquier otro; verlo con tanta ansiedad me hizo ajeno a mi propio dolor.

—Hollow...

Te amo.

—No. Te. Me. Acerques —ordenó, con voz gutural, y me devolvió a la realidad zarandeándome mientras rechinaba los dientes—. Nunca.

—Hollow...

Te amo.

—Te mataré si siquiera vuelves a mirarme.

Capítulo 5

Me soltó y se puso de pie, y el dolor volvió a caer sobre mí como una tonelada de ladrillos. Sostuvimos la mirada por medio segundo, luego, se limpió el sudor y las gotitas de sangre del rostro con una mano y escupió en mi dirección.

A lo lejos escuché una risilla tímida a la que le siguieron vítores inseguros, y Hollow se dio la media vuelta para alejarse a paso veloz. Las Hienas se le unieron poco después.

Giré sobre el suelo para verlo partir, permitiendo a mi mejilla descansar sobre el asfalto; respiraba por la boca y nuevos hilillos de sangre se deslizaron hasta empapar el suelo mientras mi mirada borrosa buscaba la chaqueta de mezclilla.

Escuchar sus pasos alejándose volvió a romperme el corazón. De nuevo Hollow estaba lejos de mí, de vuelta en su mundo, dejándome sólo para que me pudriera con mi amor.

—Hollow —escupí, al tiempo que el llanto volvía a atraparme. Nadie me escuchó, así que tomé aire e intenté gritar a pesar de tener la voz entrecortada—. ¡Hollow!

Tosí. Mi estómago se revolvió. Apreté los ojos y supe que ahora yo era el que estaba furioso.

—¡HOLLOW MARTIN!

Los pasos, ya lejanos, se detuvieron. Cuando abrí los ojos él me miraba por sobre su hombro. Nunca sabré decir si estaba molesto o asustado.

—¡Escúchame! —continué, gritando rabiosamente—. No por esto voy a dejar de quererte.

El resto de Hienas intercambiaron miradas y susurraron cosas inentendibles; pero al final volvieron a posar las miradas en su líder, que no parecía querer moverse de lugar. Me miraba fijo.

—Aunque me revientes a golpes seguiré enamorado. ¡Te quiero y no es justo, y ya no me importa si lo sabes!

Me desplomé de espaldas, encarando al cielo, y volví a cerrar los ojos.

—Te quiero, Hollow. Yo... ¡Te amo! —no me importó que el llanto me

venciera—. Te amo. ¿Por qué? ¿Por qué...? No lo mereces.

Mi voz hizo eco en todos los alrededores; sueño con que haya hecho eco en la conciencia de Hollow, sueño con que haya aterrado a las Hienas al punto de la impotencia. Luego se hizo el absoluto silencio.

Si Hollow volvía para acabar el trabajo, si me mataba por haber confesado eso de lo cual él estaba tan aterrado, ya no me importaba.

Pero tras larguísimos segundos, la caminata se reanudó. Primero sólo un par de pasos se alejaron, y luego el resto se le unió.

Me quedé donde estaba hasta que no pude llorar más; todo el cuerpo me dolía, sentía un vacío terrible en el pecho. El malestar era tal que creí que iba a desfallecer, pensé que morir por un corazón roto estaba a punto de ser mi destino.

Continué asfixiándome por alguien que no lo merecía y, Dios, cómo dolía.

Después del incidente, cada vez que me topé con los ojos de Hollow, él apartaba la mirada. Sé que me odia.

Yo aún lo quiero.